

tibles de la tierra: pero creemos con fé firme cuanto os habeis dignado revelarnos y os suplicamos rendidos ante vuestra soberana Presencia, nos concedais vuestros divinos auxilios con los cuales asistidos conservemos en nuestros pechos el depósito de la fé que heredamos de nuestros padres y en lo que ciframos nuestra ventura y felicidad: en el tiempo de la prosperidad como en el de la desgracia, en los dias tranquilos como en los de infortunio; gozando de una salud robusta como postrados en el lecho del dolor; siempre encontraremos nuestro consuelo esclamando llenos de fé: gloria sea dada al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amen.

SERMON

DE JESUCRISTO AZOTADO Y ATADO Á LA COLUMNA.

Tunc apprehendit Pilatus Jesum, et flagellavit.

Entonces Pilato mandó prender y azotar á Jesus.

Joan. e. XIX. v. 1.

Ilustre hermandad, cristiano auditorio: cuando estiendo mi vista y con la consideracion me dirijo de uno á otro polo, me parece escuchar una voz que me dice: «Todo cuanto existe, todo cuanto admiran tus ojos reconoció un principio, pues que saliendo de la nada al imperio de una voz fuerte é irresistible, principio y sér tuvimos; un *fiat* formador nos dió el sér, y constantes en el órden primero que impusiera, al mundo anunciamos con sonoro acento y dulce melodía que existe ese mismo Dios criador, y que jamás faltará en conservarnos. No, señores, no el choque de las partículas, como neciamente quieren hombres que bebiendo la copa de la falsa ciencia se durmieran tranquilos para despertar en medio de la confusion,

fuera el principio del cielo y de la tierra. Elevad vuestra vista al firmamento, y vereis esos espacios do brillan astros luminosos, que cual antorchas lucientes al estender la noche su negro manto, nos hacen esclamar: ¿Quién pudo formaros en orden de batalla? ¿Quién os numeró y por vuestro propio nombre pudo llamaros? Solo Dios, sabiduría eterna é incomprensible. Decidnos, luminosos astros, ¿quién os dió el sér? ¿Donde os sosteneis? ¿Acaso os lo disteis por vuestra propia virtud? No: ellos dicen al mortal; *ipse fecit nos, et non ipsi nos.*

Al ver con admiracion ese piélago insondable, esos anchurosos mares, reconocemos cuando circunscritos no traspasan sus límites, un Dios cuya inmensidad es imposible que se oculte al hombre: mirad esos elevados montes colocados con tanta estabilidad y declarando su existencia y soberana dominacion: el relámpago que nos deslumbra, el trueno que nos espanta... ¡pero á donde voy! Ni es necesario penetrar en las entrañas de la tierra para contemplar los preciosos metales que encierra, ni detenernos tampoco para conocer la existencia de un Hacedor Supremo, en admirar esos pintados pajarillos que con sus melodiosos cánticos saludan al Criador al amanecer de cada dia. Cuando oimos, señores, bramar los vientos, que llevan cual lijera pluma de una á otra parte los mas fuertes bajeles, se oye el grito que confiesa su justicia y omnipotencia eterna. ¿Y quién los mueve? ¿Quién los sostiene? Solo aquel Dios que en expresion del Profeta se sirve de los elementos para que ellos sean instrumentos de su bondad ó de su justicia. Contemplad tan solamente al hombre mismo, á ese hombre formado segun la imágen y semejanza de Dios, dotado

de un alma espiritual con potencias que la ennoblecen y separan de los irracionales. ¿Quién le dió el sér? *Ipsse fecit nos, et non ipsi nos.* Luego si los cielos y la tierra, los anchurosos mares, los elementos y las estaciones, las aves y las fieras, y hasta el hombre mismo no conocen mas principio que á Dios, ni podrian conservarse por sí mismos, sino solo con su poder, se ve el hombre obligado á confesar que no hay mas que un poder absoluto é independiente, y esclamar con el Profeta: «Tuyos son los cielos, tuya es la tierra y su plenitud, y respeto y vasallaje debe el hombre á su Rey y conservador.» Amarle siempre como á Padre, obedecerle como á Rey, adorarle como á Dios y no separarse de su lado, son las cualidades que deben distinguir al hombre fiel.

Venid, conoceréis esta verdad en el momento mismo en que todo va á renovarse; dirigid vuestra vista hácia el Criador de todas las cosas.... ¡pero que veo! Yo dirijo mi vista á esa hermosa imágen objeto de estos cultos, y solo descubro un hombre escoltado por una multitud compuesta de aquellos que á él debieran su triunfo, su vida, su salud y cuantos bienes disfrutaran. No: no encuentro otra cosa que un hombre tratado como un malhechor, al Criador sin criaturas que le alaben, al Rey sin vasallos que le sirvan, al Padre sin hijos que le consuelen, y solo, y débil, y afligido y abandonado de sus mas favorecidos, atado á la columna y sufriendo el cruel tormento de la flagelacion.

Hombre desgraciado, solo por tí se ve en tan triste estado el Divino Redentor: para salvarte ha cargado sobre sí el peso de tus iniquidades: él te abrirá con sus tormentos y su muerte las puertas de la gloria

cerradas por tu culpa: te dará el título de hijo suyo, y podrás acompañar en aquella ciudad grande y hermosa que describe el discípulo amado, donde reina el gozo y el consuelo, á ese mismo Dios á quien hoy contemplas abandonado y sufriendo penas y dolores incomprendibles, atado á la columna.

Jesús sufriendo el tormento de los azotes, nos presenta en esta mañana pruebas para reconocer el intenso dolor de su corazón sufrido por el amor, al par que el mundo abandonando á Jesús nos muestra su necedad, porque no hay ni bienes, ni grandezas ni consuelos sino en la religión que establece ese Dios que veis humillado en los tormentos. Tal va á ser el asunto de mi discurso y objeto de vuestras atenciones en este breve rato. Para hacerlo con acierto, ayúdame á implorar los auxilios divinos por la intercesión de la Reina de los ángeles, á quien saludaremos diciendo con la mayor devoción. *Ave María.*

PARTE ÚNICA.

No hay remedio, señores. O Jesucristo padece crueles tormentos y dá su vida entre las mayores angustias, ó la descendencia de Adán se pierde irremediabilmente. O todo un Dios acepta el satisfacer por los pecados del mundo, ó la humanidad perece. ¿Pues cómo así? ¿No habría ni entre los espíritus puros de la gloria, ni entre los justos que habían de aparecer sobre la tierra quien fuese capaz de redimirnos? No, señores. La ofensa cometida contra Dios era verdaderamente grande; y el crimen de desobediencia reclamaba un castigo que hiciese conocer la enormidad de la culpa. Dios, cuyo nombre no es otro, según él

mismo declara al caudillo que salvar debiera su pueblo que *el que es* (1), muestra que es justo, y no pudiendo su justicia dejar desapercibida acción tan criminal, le hace pronunciar la sentencia de muerte que alcanza hasta el último de sus hijos. Solo y desterrado el hombre ni oye ni ve otra cosa que el decreto de muerte y las funestas consecuencias que á él se siguieran, le hace conocer cuán terrible es la justicia eterna. La divinidad misma reclamaba la satisfacción, mas el hombre solo podía esperar el remedio que de ningún modo le era dado conseguir por sí mismo.

Ved aquí, señores, el momento en que aquellas palabras del Profeta rey se cumplieron en toda su extensión. Sí, la justicia y la paz se dan un ósculo fraternal (2). La verdad misma nace de la tierra y la justicia mira desde el alto cielo el gran día por siglos suspirado, centro feliz que recoger supo los suspiros y no interrumpidas súplicas de cien generaciones. ¿Más cómo pudo ser esto? Si la justicia castiga y de la tierra solo puede nacer hijo del primer padre, llevando grabada en su frente la inscripción de su desgracia, ¿cómo la paz pudo hermanarse con la misma justicia mirándola atenta desde el régio alcázar? ¡Ah! las virtudes todas de los predilectos justos solo eran señal de los dones singulares que el Eterno les comunicara para que ejerciesen los altos ministerios á que los destinara su providencia eterna: las promesas de tantos siglos anunciadas por los profetas no hacían mas que sostener la esperanza del suspirado remedio, y siempre vemos mezclarse las

(1) Dixit Deus ad Moysen: Ego sum qui sum. Exod. cap. III, v. 14.

(2) Misericordia et veritas obviaverunt sibi: justitia, et pax oscutatae sunt. Psalm. LXXXIV, v. 11.

lágrimas de aquellos á quienes Israel por justos reconoce. Mas la justicia continúa, la noche de la culpa no termina, y por do quier se escucha el triste canto del dolor y la amargura.

Pero ¡oh amor eterno! La justicia castigará con todo rigor: el hombre habia despreciado á su Dios y los desprecios mismos y las humillaciones debieron caer sobre él: la ambicion que predomina en el Paraiso á la insinuacion de la serpiente astuta debia ser castigada con todo género de tormentos, y aquel altivo pensamiento del hombre por el que creia llegar á ser como Dios, debia ser deprimido con dolorosas y punzantes espinas que la tierra produjera desde aquel momento. Sí: el hombre creyó llegar á ser cual príncipe soberano para vivir siempre rodeado de millares de bienes que le hiciera mas dulce y agradable la vida que alcanzar pudiera: pues bien, el mismo Dios, verdad eterna, nace de la tierra vírgen, libre de tributo, regada con el rocío de la gracia y se dispone para unir la paz con la justicia. El Eterno Padre mira desde el alto trono de su gloria, no á Adan inobediente, ni á su posteridad doliente, sino á su mismo Unigénito, que tomando la forma de pecador vá á satisfacer á la justicia divina por un efecto de su amor ferviente, y al modo que una espada de fuego arrojó á Adan y á toda su posteridad del mas ameno y delicioso jardin, un corazon rodeado de las llamas del amor nos introduce en la herencia y posesion de bienes mas deseables que los que pudiera obtener en el principio. La ofensa infinita, satisfaccion infinita merece, y siendo Dios eterno é infinito el que por nosotros satisface, ved la justicia y el amor obrar de consuno en la persona de

Jesucristo, recibiendo el tormento de los azotes y dispuesto ya para morir en la cruz.

Habia sonado en el reloj de la eternidad la hora determinada para que empezase á padecer el Salvador de la humanidad. No eran tan solo los ultrajes y dolores de la crucifixion los que estaban destinados para Jesucristo; antes habia de sufrir crueles tratamientos, blasfemias y extraordinarios tormentos. Desde el instante mismo en que el sacrilego y traidor discípulo Judas le entregó en manos de sus enemigos, empieza á beber el Salvador el cáliz de la amargura que habia de apurar en el leño sacrosanto de la cruz. En casa de Anás, á quien le habian presentado, recibe una cruelísima bofetada, ultraje extraordinario para su magestad y grandeza. Al ser conducido de tribunal en tribunal, habia sido objeto de burla y de irrision para el pueblo, empero donde mas tenia que padecer era en el tribunal de Pilato. Este juez esclavizado á los caprichos de un pueblo bárbaro, conoce la inocencia de Jesus, y presentándole al pueblo, dice: «Yo no hallo en él ninguna causa: costumbre teneis vosotros que se os suelte un reo en la Pascua: ¿quereis, pues, que se os suelte al rey de los judíos? Entonces empieza á gritar el pueblo diciendo: No á este sino á Barrabás, que era un famoso ladron (1).»

Pilato, señores, titubea: por una parte desea dar libertad á aquel en quien no halla culpa para sentenciar, y por otra temia que le enemistasen con el César, siendo esto causa para perder su destino, y queriendo buscar un término medio, ordena que

(1) Joan. c. XVIII, v. 38, 39 y 40.